

LOS ACTUALES MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y LA VIDA MONÁSTICA*

Al ir a preparar esta conferencia, ¡me llegué a preguntar si era verdaderamente la persona más adecuada para tratar este tema! En realidad, yo nunca he estado al día con los actuales medios de comunicación; siempre he llegado con atraso en relación con lo que se hace en otras partes, e incluso en relación con los demás miembros de mi comunidad. En este campo, ¡creo que he equivocado mi siglo, e incluso mi milenio!

Dicho esto, es evidente que estoy, como todo el mundo, frente al problema de estas nuevas formas de comunicación y de información, en particular en su relación con nuestra vida monástica en la cual han entrado sin que hayamos tenido verdaderamente el tiempo y la posibilidad de tener un juicio sobre ellas. Por supuesto, antes de hacer las conexiones necesarias, hemos reflexionado, –al menos a nivel del Consejo– y hemos consultado a personas expertas capaces también de darse cuenta de lo que esto podía representar para un monasterio.

Pero en un determinado momento había justamente que abrir esta puerta y dejar que se instalara este huésped todavía desconocido para mi generación y que había hecho su entrada en el monasterio a principios de los años ochenta. Lentamente ha ido tomando cada vez más lugar y se ocupa de un número creciente de cosas en nuestra vida cotidiana; en consecuencia, también está en contacto con un número cada vez mayor de hermanos.

Con el tiempo y la experiencia, me di cuenta, al menos para conmigo mismo, de que a menudo los verdaderos peligros de estos medios no eran los que me temía, a nivel moral por ejemplo (imágenes que podrían caer bajo nuestros ojos, cantidad de informaciones, etc.), sino que estaban más en la

* Conferencia de Dom Mauro-Giuseppe LEPORI en el encuentro de prioras monjas dominicas de la Federación francesa (noviembre de 2008). El P. Lepori, entonces abad cisterciense de Hauterive (Suiza), es actualmente Abad General de la Orden Cisterciense. Traducción del original francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía Gaudium Mariae (Córdoba, Argentina).

imposición solapada de un nuevo ritmo de comunicaciones y de relaciones que se mete como polvo fino en el aire del tiempo monástico. Es como si estos medios de comunicación penetraran en nuestra percepción del tiempo relacional para modificar e incluso reemplazar imperceptiblemente la sabiduría de la relación con lo real que la tradición monástica nos ha transmitido.

La belleza y el asombro

¿Qué relación con la realidad favorece y hace crecer la vida monástica, normalmente, en nosotros? Una relación con la realidad como morada del Misterio, como signo del misterio de Dios, y por lo tanto, una relación con lo real como belleza. ¿Qué es la belleza? La belleza no es definible en cuanto tal, pero se puede detectar, y lo que detecta la belleza es el asombro. En la experiencia de la belleza, hay como un detenerse que espera otra cosa. Típica es la actitud del niño que contiene su respiración cuando se asombra ante alguna cosa.

Delante de la belleza, uno se detiene, no para consumirla, sino porque nos está prometiendo algo aún más grande, algo infinito. Es en este nivel de experiencia donde Dios llega a nuestro encuentro, al encuentro de esa tendencia a la admiración frente a la belleza y que Él ha depositado en nuestro corazón al crearlo: *“¡Rendíos, reconoced que yo soy Dios!”* (Sal 45,11).

La actitud del hombre que se deja sorprender por la belleza de lo real es a la vez detención y deseo hacia lo infinito.

Una cultura de la belleza es así una cultura a la vez de la calma y del deseo, del silencio y de la escucha, de la paz y del fervor. Una cultura donde el gusto de poseer, de disfrutar, está dado por la espera de lo infinito. Es decir: una cultura de la belleza es la espera” de lo infinito, la espera de lo eterno. Esto no quiere decir una espera infinita, desesperante, sino la espera de un bien que jamás se agotará. Hay en nuestro corazón humano un espacio de deseo que sólo será satisfecho por lo infinito; luego, no terminará nunca de colmarse. Creo que es lo que nos da la experiencia de la belleza. Recientemente me paseaba con una familia joven con dos niños, por los alrededores de la Abadía. Lo que me impresionó fue la incapacidad de estos niños para detenerse en una experiencia de novedad, de sorpresa. Continuamente había que pasar de una experiencia a la próxima, y jamás estaban contentos con algo. Descubrían las vacas, treinta segundos de admiración, después había que correr al río. En el río, arrojamos piedras al agua, les mostramos que se las podía hacer picar sobre el agua. Pero diez minutos después estaban cansados de eso. Entonces nos fuimos hasta los peñascos del final del camino, un espacio misterioso donde, a la

“ En castellano podríamos decir más ajustadamente “expectativa” en lugar de “espera”, pero ambas expresiones son totalmente válidas (NdT).

edad de ellos e incluso aún más grande, yo habría podido jugar horas, inventándome mil aventuras. Allí también, esto no duró más que algunos minutos. Querían regresar para beber, después volver a la casa, evidentemente pasando por una gran extensión para comprar un juguete con el que habrían jugado tres minutos. Yo estaba espantado. Tenía la impresión de encontrarme delante de monstruos: a tal punto experimentaba que esos niños estaban ya arrancados de su humanidad, de la naturaleza del corazón humano. ¿Acaso el niño que se queda boquiabierto ante la novedad de lo real se ha convertido en una especie rara, en un animal en extinción del que haría falta conservar algunos ejemplares en el zoológico?

La cultura de los actuales medios de comunicación y de información es tal vez para algunas cosas. Es la cultura de todo *inmediatamente*. No hay más espacio para esperar, no hay más espacio para desear lo infinito. En esta cultura, la espera es siempre negativa, la espera es el tiempo siempre demasiado largo que te pasas delante de una pantalla sin belleza mientras se logra la conexión deseada, el sitio buscado, la información anhelada. Es la espera del final de una operación, no de un encuentro. La espera coincide así con la falta de resultado de una herramienta, de un mecanismo, de un proceso electrónico. No puedes recurrir ni siquiera a alguien que fuera lento en servirte, como en el restaurante o en la ventanilla de la estación. No se espera a una persona; no se espera más que algo, y algo virtual, inexistente.

Hago una caricatura, puede ser, pero creo que el riesgo está en querer conformar de modo semejante nuestra manera de vivir en el monasterio, con esos medios y con la cultura que ellos determinan. El riesgo está en absorber esos mecanismos en nuestra vida entera, incluyendo lo que no es “conectable”.

Subrayo esto porque creo que, en el mundo monástico, no se pensaba en este aspecto al interrogarnos si se debía o no dejar entrar esos instrumentos en nuestra vida. Uno pensaba en otros peligros, bien reales por otra parte, pero no en éste. Ahora bien, éste justamente revela ser en el fondo el más peligroso para nosotros, el que ataca nuestra identidad y nuestra vocación en su naturaleza profunda.

¿No estamos nosotros también llegando a ser como esos niños que ya no saben vivir maravillados, que ya no saben detenerse para gustar la belleza de lo real, que ya no saben esperar lo infinito, lo eterno, Dios?

La influencia sobre nuestro “yo”

Me parece que la verdadera pregunta es la siguiente: ¿en qué medida estos medios de comunicación y de información, y su funcionamiento, tienen una influencia sobre nuestra identidad, sobre nuestro “yo”? Estos medios, ¿acaso llegan a definir nuestra identidad más que nuestra vida

monástica? Porque el monje, la monja, en el fondo se define por el hecho de vivir una *conversatio* monástica, por el hecho de seguir una vida monástica, en un monasterio, en una comunidad, guiados por una *Regla*, en la obediencia a aquellos y aquellas que son nuestros mayores o nuestros responsables. Estos medios de comunicación y de información, ¿serán acaso más fuertes, más determinantes que los elementos de la *conversatio* monástica?

Hace ocho años hice una experiencia memorable. Era el 31 de diciembre de 1999; íbamos pues a pasar al año 2000 y se decía por todas partes que el cambio de fecha corría el riesgo de “desbocar” a todo el mundo informático. Por eso, me dije: “Es necesario que haga una buena copia de todos los documentos que tengo en mi computadora”.

Me pongo a hacerlo. Y distraídamente, cliqueo OK a una de esas preguntas ociosas que la computadora nos plantea una decena de veces por día, y después espero que el proceso se termine. Eso dura, dura... Comienzo a preguntarme por qué está tan lento. La respuesta llega después de algunos minutos: ¡borré todo! Todo lo que tenía en la computadora, ¡incluidos los programas!, ¡todo! Durante algunos segundos me quedé fijo sobre mi pantalla totalmente blanca; ¡yo también debía estar totalmente blanco! Y en ese momento, me sentí vacío como mi computadora, totalmente vacío, vaciado de mis documentos, de lo que había producido durante años, inclusive de la homilía para el día siguiente (¡felizmente había hecho algunas copias!). Me dije entonces: “¡No! ¡Yo no soy mi computadora! ¡Yo no soy lo que tengo en mi computadora!”.

Di gracias al Señor por ese despojo informático, y me fui a acostar totalmente ligero y libre, como un san Francisco de Asís.

Y después, pedí también perdón a Dios por haberme descubierto, por poco que sea, identificado con ese instrumento y con lo que contenía. Algo había allí con olor a becerro de oro...

Esto me ayudó a comprender que el riesgo existe... como por supuesto, en otros mil campos. Quiten un empleo a un miembro de su comunidad; lleguen al fin del mandato de superior; caigan seriamente enfermos... y ustedes van a experimentar más o menos lo mismo. Pero en los otros campos, es como si la influencia de la identificación fuera menos solapada, más objetiva. Así y todo, estos peligros se conocen desde siglos, se tiene conciencia de ellos, los Padres y las Reglas antiguas hablan al respecto, nos ponen en guardia. Pero en lo que concierne a la influencia de los actuales medios de información y comunicación, somos nosotros quienes debemos tener la experiencia y desarrollar una sabiduría, una prudencia.

La dependencia se manifiesta en la medida en que alguna cosa llega a definir nuestro “yo” más que aquello por lo que y para que nuestro “yo” es creado. La dependencia es una idolatría que se convierte en más fuerte que nuestra libertad; pero en un momento o en otro, nuestra libertad debe haber consentido al menos deslizarse en la dependencia. Lo preocupante son las

dependencias en las que uno se desliza sin darse cuenta, por falta de juicio, por imprudencia o ligereza.

Los límites que nos liberan

Nuestras Reglas, nuestros horarios, nuestras costumbres, bien comprendidos, están allí de hecho, para ayudarnos a desprendernos continuamente en el tiempo y en el espacio de todo lo que en nuestra vida puede convertirse en objeto de dependencia. Tenemos tiempos y espacios determinados de trabajo, de descanso, de conversación, de relación, de recreación, de absorción de alimento, de ejercicio de la autoridad o de la responsabilidad. La vida en el monasterio, según una *Regla* y bajo la autoridad de un superior, enmarca todos los campos de la vida humana en límites, límites sobre los cuales el o la responsable debe velar, y que una obediencia madura acoge, acepta y observa, incluso cuando no es vigilada.

Estos límites, vividos con verdad, en la conciencia y el deseo de lo esencial para lo cual vivimos en el monasterio (volveré sobre esto), en lugar de disminuir la libertad personal, la preservan. ¿De qué? Justamente de las dependencias.

El hombre puede llegar a ser dependiente de todo, idólatra de todo: del trabajo, del sueño, de las conversaciones, de las relaciones, del alimento, de la bebida, del poder, etc. Forma parte de una educación en la libertad el limitar todos estos aspectos de la vida humana, en sí positivos, en el marco de lo útil, de lo necesario, del equilibrio.

Por supuesto, sabemos que estos límites no siempre se respetan. Hay, en toda comunidad, hermanos, hermanas, que trabajan demasiado, charlan demasiado, comen demasiado, beben demasiado, tienen demasiados contactos, pasan demasiado tiempo en los locutorios, abusan de su poder o de su responsabilidad. Mirándonos también a nosotros mismos, hay límites que no siempre sabemos respetar como correspondería.

Pero el marco comunitario, el hecho de que los límites estén allí, bastante bien establecidos, garantizados por el ritmo de la vida comunitaria, nos hacen por lo menos conscientes de los excesos, de las transgresiones, por el hecho de que sobrepasan una medida establecida por una sabiduría que quiere la plenitud de nuestra vida. Y lo advertimos también en nuestro corazón: no estamos contentos, nos sentimos “en desorden”, infieles a un bien mayor, no del todo libres.

Con respecto a los medios de comunicación actuales, ¿llegamos a poner límites que nos preserven de la dependencia, que garanticen nuestra libertad?

Y, ¿sabemos dónde colocarlos?

En la mayoría de las comunidades, con la experiencia, se han aplica-

do límites de espacio y de tiempo en cuanto al uso de *Internet*. El puesto de su uso está en un lugar común, un lugar de paso donde uno no se encuentra nunca demasiado solo. Algunas comunidades tienen también límites de tiempo, períodos determinados para utilizar esos medios.

Hay también límites en cuanto a los ámbitos por los cuales pueden utilizarse esos medios: los asuntos concernientes al trabajo, la materia de los estudios, etc. Para todos debería valer el criterio de lo útil, de lo necesario, así como para el tiempo de trabajo, para la cantidad de alimento, hecho que no impide saborear lo que se come o trabajar con placer.

Pero constatamos que en el campo de los actuales medios de comunicación, no siempre es fácil colocar y armonizar estos límites. Quizás porque esto funcione demasiado rápido, demasiado velozmente, y porque allí palpamos el acceso a un mundo aparentemente ilimitado y que ofrece, o parece ofrecer, posibilidades cada vez más extensas y con resultados extraordinarios.

El fondo, aquí también, la dificultad no está tanto en el hecho de fijar límites de tiempo y de espacio, porque en esto *Internet* no es más difícil de enmarcar que nuestro empleo o nuestro cargo. El problema surge cuando determinados “mecanismos” inherentes a esos medios penetran en la concepción de nosotros mismos y por lo tanto también en nuestra manera de vivir. Entonces comprendemos que el verdadero desafío es el de cultivar y desarrollar límites de salvaguardia y de libertad en el interior de nosotros mismos, de nuestro juicio y de nuestra conciencia.

El centro de la cuestión

Creo que la manera más positiva de proceder no está en que nos “levantemos barricadas” contra los peligros, sino en tomar conciencia de lo que nuestra vocación nos ofrece vivir; tomar conciencia del valor de nuestra vocación, para poder cotejar lo que esos medios nos ofrecen con la experiencia de un valor más grande, más pleno para nuestro corazón y nuestra vida. Si no cultivamos la estima, el sentido y la experiencia del tesoro que se nos da en nuestra vocación, toda puesta en guardia contra los peligros de *Internet* no será más que una abstracción moralizante, y de todos modos ineficaz.

Para nosotros, el gran peligro no está tanto en *Internet* como tal, sino en dejar escapar algunas cosas más grandes, de mayor importancia... no se trata en absoluto de excluir el uso de *Internet*, sino solamente de vigilar para que no tome todo el lugar.

En verdad, ¿qué arriesgamos perder por la utilización de estos medios? Si uno reflexiona en esta pregunta, será más fácil comprender en qué límites debemos enmarcar su uso. En cuanto tales, estos medios son tanto instrumentos de Dios como del demonio, porque son instrumentos huma-

nos. Todo depende de lo que uno haga con ellos.

Es preciso buscar comprender en verdad “en función de qué” los monjes y las monjas deben utilizar estos instrumentos. Si tenemos en claro el objetivo por el cual podemos utilizar estos medios, su uso no podrá perjudicarnos: será incluso una ayuda preciosa y práctica para todos los campos de nuestra vida, no solamente para la economía, sino también para la formación monástica e incluso para la oración, o aún para lanzar la red hacia las vocaciones que Dios quiera enviarnos.

Entonces es preciso partir de esto: ¿para qué debe servir toda nuestra vida en el monasterio? Si tenemos en claro la respuesta a esta pregunta, el problema de los medios de comunicación estará también en orden, al menos como juicio, cuando no de inmediato en los comportamientos.

¿Para qué debe servir toda nuestra vida en el monasterio?

Benedicto XVI ha respondido a esta pregunta en su formidable discurso al Colegio de los Bernardinos en París, el 12 de septiembre: «Su objetivo [el de los monjes] era buscar a Dios, *quaerere Deum*. En medio de la confusión de esos tiempos donde nada parecía resistir, los monjes deseaban la cosa más importante: dedicarse a encontrar lo que tiene valor y permanece siempre, encontrar la Vida misma. Permanecían en la búsqueda de Dios. De las cosas secundarias, querían pasar a las realidades esenciales, a lo único que es en verdad importante y seguro. Se dice que su ser estaba tendido hacia la vida “escatológica” (...): detrás de lo provisorio, buscaban lo definitivo. *Quaerere Deum*. Como eran cristianos, no se trataba de una aventura en un desierto sin camino, de una búsqueda en la absoluta oscuridad. Dios mismo ha colocado mojones miliares, mejor, ha allanado el camino, y la tarea de ellos consistía en encontrar ese camino y seguirlo. Ese camino era su Palabra que, en los libros de las Sagradas Escrituras, se ofrecía a los hombres».

Toda la “*conversatio* monástica”, el modo de vivir monástico, toda la vida en el monasterio, está organizada para esto, ordenada en base a esto, teniendo en cuenta todos los aspectos de la vida humana y recibiendo de Dios, en Jesucristo, las dimensiones más fundamentales del camino hacia Él: la comunidad, la oración litúrgica y personal, la Palabra de Dios, la autoridad que nos guía y nos corrige, etc.

Todo esto, según la sabiduría y el carisma de cada familia monástica, dibuja un plan bien determinado, pero siempre adaptable a las personas y a las circunstancias, un plan que nos educa, que nos forma, que nos permite avanzar, profundizar, hacer nuestros los valores, las virtudes, que nosotros no sabríamos desarrollar solos. El objetivo no es el plan, pero el plan se convierte en la estructura interior de las personas: los moluscos deben convertirse en vertebrados... Y la estructura interior y libre del monje, de la monja, no es en el fondo sino la adquisición de una relación estable con Dios como sentido y plenitud de la vida, del corazón, hasta que la búsqueda y la acogida de

Dios, presente en Jesucristo, estén tan fuerte y humildemente inscriptos en el corazón de la persona, que penetren todas sus experiencias, todos sus encuentros, todos sus sentimientos, todas las circunstancias de su vida.

¿Es que los medios y las posibilidades de comunicación actuales se mantienen en ese plan que educa en integrar las virtudes monásticas como estructura interior y libre de la persona?

Percibimos de inmediato que el hecho mismo de plantear así la pregunta nos conduce a una evidencia: no es la vida monástica la que debe entrar en los medios de comunicación, sino eventualmente los medios de comunicación en la vida monástica. Quiero decir que si el objetivo de la vida monástica es formar una persona madura en la unión con Dios en todas las experiencias de la vida, esta madurez de relación con Dios es la que debe eventualmente asumir los medios actuales, como toda otra cosa, y no lo contrario.

Necesidad de una educación

¿Por qué nuestros postulantes y novicios deben tomar distancia con respecto a su familia, a sus amigos, a sus estudios o a su trabajo, a su dinero, a sus *hobbies*, etc., y no deberían tomar distancia en relación con su teléfono celular, su computadora, su correo electrónico?

Creo que en esto, muchos superiores de mi generación, entrados/as al monasterio antes de Internet, corren el riesgo de dejarse confundir, porque, evidentemente, nosotros nos sentimos un poco bestias y no sabemos siempre motivar nuestras reservas y nuestras negativas al respecto. El problema está en que no debemos ordenar tanto la cosa a partir de la cultura virtual, sino a partir de la cultura monástica, y en ella tenemos que decir nuestra palabra si verdaderamente creemos en esta cultura y queremos permitir a los escasos jóvenes que vienen hoy al monasterio que hagan esta experiencia en verdad y en profundidad.

Es verdad que para muchos de ellos la PC es un poco lo que era para nosotros la birome. Nadie pensó en prohibirnos entrar al monasterio con nuestra birome y utilizarla, incluso durante el noviciado, pero ¿es evidente que una PC y una dirección e-mail tienen muchas otras implicaciones más que una birome!

Creo que en estos campos, como en todos los otros, no se puede en verdad juzgar si un hermano o una hermana puede tener un acceso maduro y enmarcado a estos medios sin pasar previamente por una formación donde se verifique, en el acompañamiento y la transparencia, el enfrentamiento del hermano o de la hermana con la soledad, el silencio, el despojo, y con él mismo: en resumen, con el desierto, lo que quiere decir, con Dios solo. Si nunca se deja conducir al desierto con Cristo, para encontrarse allí con Él, no

se puede juzgar su madurez en ningún campo, y mucho menos en el uso de estos medios ante los cuales está mucho más solo e independiente que frente a su trabajo, sus estudios, su oración, etc.

Y aquí estaría todo el tema de la *acedia*, que debería ser enfrentado. Es necesario, tarde o temprano, enfrentarse con el “demonio del mediodía” y la experiencia de que una fidelidad a la Palabra y a los Sacramentos, en la estabilidad dentro de la comunidad, en la regularidad, en la confianza con los superiores, son los medios de victoria, de maduración a través de la prueba, de verdadera liberación. Huir por medio de Internet durante los períodos del crecimiento interior del monje, de la monja, es malograr la gran oportunidad de nuestra vida religiosa de aprender a vivir ciertos duelos que nos hacen madurar, y esto antes de que la vida nos los imponga naturalmente y antes de que sea demasiado tarde para vivirlos tendiendo hacia una plenitud de amor, de don de la vida.

Cuando uno ha pasado por esto, entonces puede mirar las posibilidades de uso de estos medios con una especie de objetividad no dependiente. Para nosotros son instrumentos, nada más: como el arado y el libro en la Edad Media. Es el monje, la monja, quien debe utilizarlos, y no el señor tal o la señorita tal. Nosotros, monjes, tenemos una identidad propia, un punto de vista específico, valores con los cuales no podemos transigir. Los medios nos incitan a dejar de lado nuestra identidad, nuestra vocación: pretenden ubicarse en el centro de nuestra vida. No podemos aceptarlo, aun cuando, por falta de experiencia o lasitud, quizás ya les hemos dejado no poco terreno.

Todo esto para decir que, francamente, nuestro problema frente a las jóvenes generaciones que vienen al monasterio no es el de los actuales medios de comunicación, sino el de transmitirles la dimensión cristocéntrica y contemplativa de nuestra vida monástica. Si esa dimensión es acogida como centro de la vida, con decisión, que se vuelve estable por una ascesis de amor y es sostenida por una comunidad que permanece unida para vivir esta gracia, entonces todos los medios siguen siendo medios, nada más que medios, y será lo esencial lo que permitirá juzgar si esos medios deben ser utilizados y cómo; será lo esencial lo que mueva a corregir los desvíos, las fugas y las caídas, y será lo esencial lo que lleve a utilizarlos al servicio del Reino.

*Piazza del Tempio di Diana 14
I-00153 Roma
ITALIA*